

los cuatro padres que se creyó poder comparar con los cuatro evangelistas; y tal en el orden del mérito uno de los mas ilustres doctores, suscitados por la diestra del Señor, para derramar sobre los siglos venideros los dones luminosos de la edad florida de la Iglesia, que conservó hasta fines del sexto siglo esta gloriosa denominacion.

## RESUMEN

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO VIGÉSIMO-PRIMERO.

N.º 1. *Pintura de la Iglesia.* 2. *Eleccion y muerte del Papa Sabiniano: le sucede Bonifacio III.* 3. *Muerte de San Agustin de Cantorberi.* 4. *Le sucede Laurencio.* 5. *Otros obispos de Inglaterra.* 6. *Fundacion de San Pablo de Londres.* 7. *San Columbano desterrado por el Rey Tierri.* 8. *Principios de la abadia de San Galo.* 9. *San Columbano funda el monasterio de Bobio y muere en él.* 10. *Focas destronado por Heraclio.* 11. *San Teodoro de Siceon.* 12. *Bonifacio IV consagra el panteon á honra de todos los Santos.* 13. *Furor impio de los persas en Palestina.* 14. *Multitud de mártires.* 15. *San Juan el limosnero.* 16. *Juan Mosco.* 17. *El prado espiritual.* 18. *Bonifacio V sucede á Deus-dedit.* 19. *Conversion de Eduino, Rey de Nortumberland.* 20. *Los ingleses orientales vuelven á la pureza de la fe.* 21. *Celo de San Paulino de Yorck.* 22. *Religion del Rey Osualdo.* 23. *Monasterio de Hi.* 24. *San Aidam de Lindisfarne.* 25. *San Birin de Dorchester.* 26. *Los asuntos de España.* 27. *El Rey Sisebuto y concilio de Sevilla.* 28. *Regla de San Isidoro.* 29. *Las demás obras suyas y sus virtudes.* 30. *San Heladio de Toledo.* 31. *Toda la Francia reunida bajo la obediencia de*

Clotario II. 32. San Arnulfo, obispo de Metz. 33. San Romarico, fundador del Remiremont. 34. Multitud de otros personajes virtuosos en la corte de Clotario. 35. La santa abadesa Rusticula es justificada. 36. San Lupo de Sens. 37. Multitud de santos obispos. 38. Testamento de San Beltran de Mans. 39. Concilio de Paris. 40. San Eutasio, abad de Luxeu. 41. Castigo de Dios sobre Agrestino monge cismático. 42. San Valerio y San Blimundo. 43. Concilio de Rems. 44. Santos obispos. 45. San Riquier. 46. Ruidosas victorias del Emperador Heraclio contra los persas. 47. Muerte funesta del Rey Cosroas. 48. Exaltacion de la cruz. 49. Origen del monotelismo. 50. Teodoro de Fíraci y Sergio de Constantinopla. 51. Cirro de Alejandria. 52. Celo y luces de San Sofronio de Jerusalem. 53. Carta del Papa Honorio á Sergio. 54. Écthesis del Emperador Heraclio. 55. San Sofronio enviado al Papa. 56. Mahoma. 57. Alcoran. 58. Abubequer. 59. Omar. 60. Muerte del Papa Honorio. 61. Le sucede Severino. 62. El Papa Juan condena la Écthesis. 63. Constante Emperador. 64. Muerte del Rey San Osualdo. 65. San Fursi funda el monasterio de Lagni. 66. Sucesion de los Reyes de Francia. 67. San Oven y San Eloy. 68. San Omer. 69. Viages apostólicos de San Amando. 70. Solitarios y monasterios célebres en la Bélgica. 71. San Máximo rebate á los monotelitas. 72. Pirro de Constantinopla en Roma. 73. El Typo de Constante. 74. El Papa Teodoro condena á Pirro, y Pablo es sustituido en su lugar 75. Concilio de Roma contra los mono-

telitas. 76. El monotelismo es condenado en África. 77. Vicario del Papa en el oriente. 78. Arrebatan de Roma al Papa San Martin. 79. Remordimientos del patriarca Pablo á la hora de la muerte. 80. Destierro y muerte del Papa San Martin. 81. Intrusion de Eugenio en el pontificado. 82. Confesion de San Máximo. 83. Es enviado al destierro. 84. Su martirio. 85. Humillaciones y pesadumbres del Emperador Constante. 86. Le quitan la vida. 87. Numerosa serie de concilios en Toledo. 88. Los Santos Eugenio é Ildefonso de Toledo, y San Fructuoso de Braganza. 89. Santa Batilde, Reina de Francia. 90. Muerte de San Eloy. 91. Sus obras. 92. San Vaningo funda la abadia de Fesamp para religiosas. 93. Otras fundaciones y abadias. 94. Multitud de prelados que abrazan la vida solitaria. 95. Fórmulas de Marculfo. 96. San Legerio, obispo de Autun y mártir. 97. Lamberto de Mastrich. 98. Asesinato de Ebroino. 99. Progresos de la fe en Inglaterra. 100. Consigue San Wilfrido que los bretones sigan la práctica comun en la celebracion de la pascua. 101. Le ordenan arzobispo de York. 102. San Benito Biscop, abad de Viremont y de Jarou. 103. San Teodoro de Cantorberi establece alli una escuela célebre. 104. Concilio de Herford. 105. Poder de los musulmanes. 106. Cisma entre ellos. 107. Invencion del fuego griego que abrasaba debajo del agua. 108. Hazañas de Constantino Pogonato contra los musulmanes. 109. Sucesion de los Papas. 110. San Wilfrido, injustamente depuesto, lleva sus quejas á Roma. 111. Este Santo convirtió á los frisonos.

112. *Le hacen justicia en Roma.* 113. *Dagoberto II asesinado y honrado como Santo en Estenai.* 114. *Sesto concilio ecuménico, celebrado en Constantinopla.* 115. *La fe triunfa del monotelismo.*



## HISTORIA

# DE LA IGLESIA.

### LIBRO VIGÉSIMO-PRIMERO.

*Desde la muerte de San Gregorio el grande, en el año 604, hasta la condenacion de los Monolitas, en el de 687.*

1. En vez de los brillantes rasgos de su primera edad, presentará desde hoy la Iglesia un aspecto muy distinto. Pero á pesar de las sombras y estraños celages que velarán su hermosura, la reconoceremos siempre semejante á sí misma, por sus caracteres esenciales y principalmente por la identidad de su doctrina con respecto al dogma y á la moral. Venció ya á las naciones cultas, al valor y al poder romano, á los artificios y á toda la sutileza griega; y triunfará igualmente de un modo de todo punto divino de la grosería y estúpida ferocidad de los bárbaros.

No aparecerán ya á su frente los Agustinos, los Basilio, los Crisóstomos: aquellos admirables hombres llegaron á su ocaso; y el último de los antiguos padres de la Iglesia que podia haberla conso-

lado en su pérdida, Gregorio el grande, desapareció por último: aunque á él debe haber recibido la consistencia que actualmente la caracteriza. Bastante viven los Santos en sus escritos, no siendo necesario mas que entenderlos é interpretarlos con los sucesores de los Apóstoles. No ha perdido su fuerza todavía el brazo del Señor; y cuando fuere necesario levantará otros hombres extraordinarios que correspondan á la grandeza de su destino. Admirable es el Todopoderoso en sus obras, y su sabia Providencia no obra prodigios inútiles, complaciéndose en mostrar su gloria por la justa proporcion de los medios que emplea con el fin que se propone. Resplandecen entre los bárbaros del Norte que invadieron sucesivamente las provincias mas fértiles de Europa, unos hombres mas poderosos en obras que en palabras, y los mas á propósito para hacerles recibir ó venerar el yugo de la fe. Nunca, pues, se vió la Iglesia tan abundantemente provista como en su segunda edad de santos preladados, de piadosos misioneros, de Príncipes y Princesas consumados en virtud, y de egemplos edificantes en todos los estados; medios sin duda mas acomodados que la ciencia y los talentos á la ignorancia de los nuevos prosélitos, que solo eran capaces de impresiones sensibles.

2. Permaneció vacante la Silla apostólica seis meses enteros despues de la muerte de San Gregorio, y en 13 de Setiembre del mismo año de 604 fue colocado en ella el diácono Sabino, cuyo pontificado solo se distinguió por las limosnas que hizo al pue-

blo en tiempo de hambre y por la piadosa magnificencia con que construyó al alumbrado de la Iglesia de San Pedro. Espiró despues de haber ocupado la Silla cerca de año y medio, y tuvo por sucesor á Bonifacio III, diácono y tesorero de la iglesia romana, que segun Anastasio el Bibliotecario fue ordenado Papa el 19 de Febrero de 607, y murió en 14 de Noviembre del propio año (1). Su celo por la precedencia de la Silla romana y por la unidad de la Iglesia, unido á circunstancias felices, consiguieron del Emperador lo que San Gregorio habia solicitado sin efecto, que el Patriarca de Constantinopla suprimiese en adelante el título de ecuménico. Eligieron á Bonifacio IV en 25 de Agosto de 608, que rigió la Iglesia seis años, ocho meses y trece dias, esto es, hasta el 13 de Mayo de 615.

3. y 4. Murió en el año anterior á la exaltacion de este Pontífice, en su iglesia de Doroverne ó Cantorberi, el apóstol de la gran Bretaña San Agustin, habiendo antes nombrado sucesor á uno de los primeros compañeros de su mision, llamado Lorenzo, á quien él mismo instituyó obispo de aquella diócesis. Oponíase en verdad á esta providencia el rigor de los cánones; pero el peligro que habia en dejar por un solo instante la metrópoli sin pastor, autorizó abiertamente la dispensa.

5. y 6. Habia ya elevado á Melito y á Justo á la dignidad episcopal, á este para la ciudad de Rochester en la provincia de Cant., y á aquel para la

(1) *Paul. Diac. lib. 4. hist. cap. 37.*



de Londres en la provincia de los sajones orientales, separada de la de Cant por el Támesis. Logró Melito propagar la Religion por esta comarca, y el Rey Ethelberto mandó edificar en Londres, ciudad ya entonces considerable por su comercio, la iglesia de San Pablo para que sirviese de catedral, como lo es en el dia (1). Mandó asimismo levantar otra en Rochester con el título de San Andrés. Dotó ricamente su piedad generosa estos dos obispados no menos que la metrópoli de Cantorberi.

Lorenzo, establecido en esta vasta diócesis, siguió con celo los intentos de su santo predecesor. Volvió tambien su solicitud patèrnal los ojos á los bretónes ó antiguos moradores del pais y de los pueblos de Hibernia ó Irlanda, llamados entonces escoceses, no satisfecho con procurar la salud de los ingleses. Seguian unos y otros sus particulares costumbres en algunos egercicios de la Religion, y sobre todo en la celebridad de la Pascua. No fueron poderosos todos los esfuerzos de San Agustin, autorizados algunas veces con milagros, para atraerlos á la práctica general de la Iglesia; porque los sabios de sus monasterios, cuyas virtudes no siempre fueron superiores al espíritu de obstinacion en sus costumbres, oponian obstáculos insuperables. Opúsose principalmente el monasterio famoso de Bancor en el pais de Gales, tan numeroso, que dividido en siete partes la menor de ellas contaba trescientos monges. Duplicó sus esfuerzos el arzobispo Lorenzo, y de acuerdo con

(1) *V. Bed. lib. 2. hist. cap. 3.*

Justo y Melito escribió á los obispos bretónes é irlandeses, persuadiéndoles la uniformidad perfecta del culto cristiano; mas ningun efecto surtieron sus tentativas.

7. Permanecian tan inclinados á sus usos los antiguos creyentes de Bretaña y de Hibernia, que los conservaban con la misma escrupulosidad en los paises extranjeros, á donde los conducia su celo. Observaba constantemente las costumbres de su patria San Columbano, despues de muchos años de residir en Francia, por cuya causa cada dia atraía contra sí nuevos obispos, y daba pretesto á las persecuciones que tuvo que sufrir de Tierri, Rey de Borgoña, en cuyos dominios estaba situado el monasterio de Luxeu (\*).

No era el celo de la disciplina sin embargo el que alentaba á este jóven Monarca, ó mas bien á la Reina Brunequilda su abuela que absolutamente le dominaba. Veneraba el Príncipe con mucho respeto la persona de San Columbano, y frecuentaba á cada paso sus monasterios. El Santo le echaba en rostro sus disoluciones con las concubinas, procurando persuadirle á que se casase con una Princesa, que dándole hijos legítimos asegurase la paz del reino.

Mostróse el Rey un dia sinceramente movido de estos consejos, y le ofreció poner fin á estos desórdenes. Mas afirman que Brunequilda se enfureció en

(\*) San Columbano no defendió esta práctica con pertinacia, como lo prueba Buthler con una carta que el Santo escribió al Sumo Pontífice. Véase Bolland. 21 de Noviembre.

estremo, temiendo que una esposa la usurpase, ó á lo menos participase del crédito de que gozaba. Una conferencia que tuvo la Reina con el santo abad empeoró el asunto (1). Brunequilda mandó presentarse á los hijos naturales de Tierri que eran cuatro, y rogó al Santo les diese su bendición. ¡Ah! dijo Columbano, ¿cuál sería el objeto de mis votos? No sucederán en el reino de sus padres estos hijos, porque son frutos del vicio y del libertinage. Despechóse Brunequilda aunque reprimió la cólera, pues además de que Columbano era reputado por Santo, era necesaria aquella conducta en una época cuyas costumbres consentían por decirlo así una libertad no conocida en nuestros días.

Tierri le dispensó el honor en otra ocasión de hacerle disponer alojamiento en la corte, y dijo con sequedad que no le aceptaría. No dejó por eso el Rey de enviarle comida de su mesa: y observando Columbano que le presentaban manjares esquisitos, en seguida preguntó la causa, y habiéndole dicho que el Rey los había mandado, los rehusó pronunciando estas palabras de la Escritura: *el Todopoderoso arroja de sí los presentes de las almas corrompidas*. Rompiéronse en mil pedazos á estas palabras las vasijas; y el vino, la cerbeza y los manjares se derramaron. Aterrados los criados dieron cuenta al Rey, que al día siguiente muy de mañana se dirigió con la Reina su abuela á satisfacer al santo y prometerle la enmienda; mas no cumplió su palabra.

(1) Vit. S. Columb. cap. 31. Act. Bened. tom. 2. pag. 17.

Escribió el Santo al Rey reprendiéndole su infidelidad, y haciéndole en nombre del Señor las amenazas mas terribles si no se corregía. Disminuida empero la primera impresion de un temor saludable, habia crecido á proporcion la de las pasiones acalladas por algun tiempo. Unió Brunequilda con sus consejos una aspereza altanera á las malas disposiciones del Rey. Indispuso al mismo tiempo á los principales de la corte y á gran número de obispos, inspirándoles el deseo de censurar la regla del santo abad. Habia negado en cierta ocasión á la Reina la entrada en su monasterio, como lo hacia generalmente con toda clase de personas. De aquí tomaron motivo para quejarse de los monges de Luxeu, porque no seguían en esta parte el uso comun de los demás monasterios de la provincia, y denigrando en primer lugar su singularidad en la celebracion de la Pascua. Espulsaron con estos pretextos á Columbano de Luxeu, y confinaronle á Besanzon, en donde sin embargo permaneció poco tiempo. Se miró con indiferencia el cumplimiento de una orden dictada por un arrebató de la pasión; y el respeto que en todas partes tenían al Santo no dió lugar á que celasen sus pasos en el destierro, por cuya causa pudo salir libremente y volver á su monasterio.

Convencido de que habia llegado á este lugar por disposicion divina, opinó no deber abandonarle á menos de experimentar los últimos extremos de la violencia. Renovándose sin embargo la persecucion, y temiendo que su furor se dilatase á todos sus herma-

nos, salió espontáneamente de su desierto de Voge, despues de haber vivido en él veinte años, aunque no trataba ya de un destierro cercano, sino de volver á su patria.

Condujéronle á Nantes donde habia de hacerse á la vela (1). Al llegar á Auxerre, dijo al oficial encargado de conducirle, que dentro de tres años Clotario, tenido por el mas débil de los tres Príncipes reinantes en Francia, seria dueño de los estados de Tierri. Sus milagros y el don de profecía le distinguieron en el discurso de su viage. Embarcáronle en el Loira luego que llegó á Nevers. Los de Orleans, temiendo al Rey, negaron con la mayor inhumanidad los víveres necesarios á los discípulos del Santo, y habria llegado la necesidad al último extremo, á no mediar el auxilio de una muger piadosa que se hizo superior á todos los temores humanos. Llevaron en recompensa á su marido, que estaba ciego mucho tiempo habia, á la presencia del Santo detenido por sus guardias en la ribera, y le curó al instante. El obispo Leopario le convidó á comer en Tours, y como se hallase en su compañía un caballero pariente del Rey Tierri, le anunció que dentro de tres años aquel Príncipe y sus hijos perecerian, y se extinguiria toda su familia.

Cuando puso el pie en Nantes, determinó hacer alguna detencion, y se aprovechó de ella para escribir á todos sus hijos en Jesucristo una de aquellas admirables epístolas que formaron las delicias así de los

(1) *Ibid. cap. 35.*

principales prelados y del Sumo Pontífice, como de los Príncipes mas poderosos de su tiempo que tenian á mucho honor recibir su correspondencia (1). Pusieronle por fin en el navío que debia conducirle á Irlanda: mas combatido por el viento, y receloso el capitán de que la sentencia fulminada contra un Santo le fuese á él funesta, rehusó absolutamente transportarle, y le dió libertad de ir á donde gustase, proporcionándole cuanto pudo desear.

Partió en busca de Clotario, entonces Rey de Soissons, que visitaba las costas del Océano. Desaprobó este Príncipe la persecucion de Tierri y de Brunequilda contra el santo abad de Luxeu: y le acogió como á un ángel bajado del cielo, ofreciéndole todas las ventajas que podian obligarle á residir en sus estados. Mas Columbano las rehusó, no queriendo acrecentar la enemistad entre los dos Reyes. Le rogó Clotario que al menos se detuviese lo posible, y el Santo condescendió con los deseos de un Príncipe que habia recibido con fe sus consejos saludables, y daba pruebas de quererse aprovechar de ellos. Durante su mansion en Soissons, se suscitó una disension entre los dos hermanos Teodeberto y Tierri sobre los límites de sus estados. Procuraban uno y otro atraer á su partido al Rey Clotario, á cuyo fin le enviaron embajadores. Clotario consultó á San Columbano, quien le aconsejó que no interviniese en aquella contienda, añadiendo, que dentro de tres años los dos reinos caerian por sí mismos bajo su po-

(1) *Epist. 3. Tom. 12. Biblioth. PP. Lugd. pag. 26.*